

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntim

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares 1.00 peseta
 Suscripción: España un trimestre. 1.00
 Extranjero 1.50

Ladrones

Registremos primero el hecho, porque es sustancial y no tiene desperdicio. Dice *El Liberal* del 3 del corriente:

«Va haciéndose perfectamente imposible la vida en Barcelona a las personas de modesta posición. Los comestibles encarecen de un modo extraordinario, sin que las autoridades, que debían evitarlo poniendo coto a la ambición de los responsables de ello, se cuiden poco ni mucho del asunto.

«Con un pretexto cualquiera encarece un día el pan, otro el bacalao, otro las legumbres; desaparecen los motivos en que los expendedores fundaron el aumento, pero continúa éste para quedar como precio definitivo. Y el consumidor, al que se le cargan los impuestos directos un día por la degravación de las harinas, otro por la de los vinos, no halla compensación alguna, y sigue pagando el pan y el vino y otras especies a elevado precio, como antes de la degravación.

«Cuando el cambio con el extranjero subió a ochenta y más por ciento, el bacalao y otros productos que se importan del extranjero se encarecieron de un modo notable; cuando las inundaciones del año pasado, las verduras y legumbres llegaron a doblar el precio; con motivo de los sucesos de Marruecos se encareció la carne. Otros comestibles, y con iguales pretextos, han sufrido también sensible aumento de unos años a esta parte. Han cesado los motivos del aumento, bajaron los cambios, las tierras perjudicadas por las inundaciones han mejorado de calidad, se ha restablecido el orden en Marruecos, y eso no obstante, ninguna de las especies cuyo precio aumentaron los vendedores ha recobrado su valor anterior.»

Dicese, por quien se precia de saberlo, y lo repiten como loros los plumíferos de la burguesía, que la producción y el consumo los determina la rigurosa, la inflexible, la matemática ley de la oferta y la demanda...

Los sabios serán muy sabios, todo lo sabios que ustedes quieran, pero lo cierto es que la «burguesía» roba descaradamente al proletariado burlando todas las «leyes» que los sabios legalómanos descubren para explicación y justificación de un fenómeno que deja de serlo tan pronto como el buen sentido del vulgo lo analiza huyendo de los carrriles que los sabios siguen en sus estudios.

«La ley de la oferta y la demanda! ¿Quiéren ustedes enseñármela en lo transcrito?»

Ningún motivo hay, antes lo contrario, desaparecieron los motivos que dieron pretexto al encarecimiento de los víveres. Si la ley de la oferta y la demanda funcionare con aquel rigorismo matemático que quieren los sociólogos de la burguesía, parece que habiendo desaparecido los motivos que dieron lugar al encarecimiento, los víveres debían volver a su antiguo precio; pero no es así, continúan por las nubes, en espera de ir subiendo algo más. ¿Por qué?

El Liberal nos lo dice:

«Es de antiguo que funcionan en Barcelona verdaderos trusts, en perjuicio del consumidor y a ciencia y paciencia—no nos atrevemos a decir con la complicidad—de las autoridades, que deberían evitar sus abusos.»

Concienzadamente no hay «una ley económica» que determine el alza y la baja de los productos, sino la avaricia ó el capricho del comerciante, es decir la voluntad del acaparador, del comerciante que se adueña de los productos é impone luego su avaricia elevándola a ley económica.

El embuste de los economistas burgueses salta á la vista.

Una clase es propietaria de la tierra, de las primeras materias y de los instrumentos del trabajo. Viene esta clase privilegiada y dice á la gran clase desposeída, al proletariado: «vive si puedes, de mí depende tu existencia; trabajarás al precio que yo quiera, pues esta misma desnudez de posesión á que previamente te condeno hará que tú misma me mendigues el mendrugo que me dignaré darte por tu trabajo; seré dueña enseguida de los productos que fabricarán tus manos y me los pagarás al precio que yo quiera ó reventarás de hambre. Y de este modo yo sola me beneficiaré del progreso. Tú quedas excluida de él. Para ti todas las fatigas y la miseria. Yo á gozar sin trabajar. Tú á trabajar sin gozar nunca.»

Y sobre este *fenómeno* tan sencillo, tan claro, vienen los sabios é inventan una teoría que lo justifique para que al pobre Juan Pueblo no se le ocurra decir: «lo que hacéis es robarme descaradamente».

Verdad es que el calificativo le tiene muy sin cuidado al ladrón. Con remunerar espléndidamente al «sabio» que con sus sofis-

mas mantiene la credulidad proletaria; con elegir concejales y diputados y pagar toda clase de funcionarios para que coman y callen ó no reelegirlos si no callan; con dejar que la fuerza bruta tape la boca á los robados que no se conforman y protestan, basta y sobra para sus fines de ambición y de parasitismo. Ni un principio de justicia, ni un asomo de equidad, ni un adarme de lógica, ni un maravedí de verdad científica en toda esto. El robo, el robo en toda su desnudez, brutal, elevado á ley suprema de la existencia.

Cuando el robo aprieta demasiado y toca al bolsillo de «las personas de modesta posición»—las que ni á modesta posición llegan ya han reventado,—entonces un simulacro de humanitarismo; pero nada de decir al proletariado: «la causa de tu miseria está en el régimen de la propiedad privilegiada, está en el sistema de la producción capitalística que permite que, agravando el mal de aquel privilegio, venga la formación del trust acaparador á enriquecer rápidamente á estas clases burguesas intermediarias entre el productor y el consumidor».

¿Y el pueblo? El pueblo soberano entretiene el hambre averiguando si el lerrouxismo es mejor que el catalanismo, si el catalanismo es mejor que el centralismo, si nos salvará el bloque liberal ó el bloque reaccionario, si el patriotismo de unos es mejor que el de los otros, si la fracción parlamentaria A se porta mejor que la B, si la gestión administrativa local de los blancos es mejor que la de los negros, y así al infinito. Y, naturalmente, en estas disputas de por sí son galgos ó podencos, vienen los de la famosa ley de la oferta y de la demanda, viene la voluntad soberana del propietario y del capitalismo y arrambla con toda la riqueza. Una delicia.

Si á nosotros no nos repugnara robar tanto como ser robados, esta comedia nos haría reír, viendo la candidez de los robados que piden auxilio á quien no puede evitar este robo. Pero la comedia no puede hacerse reír porque entre la granjería de los que se enriquecen directa ó indirectamente con este robo y la imbecilidad de los que entretienen el hambre con simulacros de remedio á sus retorcijones de tripas, la comedia se convierte en tragedia para nosotros, que no queremos robar y no sabemos divertirnos al modo de los imbéciles.

¿Verán algún día las multitudes desposeídas, estas multitudes que ya ni «á modesta posición» llegan, el despojo de que son objeto? ¿Comprenderán alguna vez que la economía política es una cómoda teoría para taparles la vista, y que aquí lo único que impera es la fuerza económica—reforzada con la fuerza del código penal—del propietario de la tierra y del capitalista dueño de los instrumentos del trabajo? ¿Comprenderán que el privilegio de la posesión, y todos los demás privilegios derivados, son la causa única de todos los males sociales? Esperémoslo.

JOSÉ PRAT

La Torre de Marfil

El tiempo de las aberraciones ha pasado ya. Los filósofos del absurdo ya lo han dicho todo. La hora de saber cuantos maridos puede tener una mujer y cuantas mujeres puede tener un marido está ya muy lejana. La mujer es la igual del hombre y todos dos son egoístas...

Una cereza no se come entre cuatro. Ahora no puede tratarse de saber que se hará en un futuro más ó menos lejano, sino de ver como podremos atraer á nuestra causa nuevos compañeros, enemigos de nuestros enemigos, para combatir en pro de nuestro ideal.

¿Soy yo organizador, sindicalista, comunista? No soy nada de todo esto. Yo soy anarquista.

¿Y ahora, me diréis, queridos compañeros á donde quiero llegar con este preámbulo? Os lo diré, si me permitís contaros una historia, muy corta pero aun más verdadera que corta.

Un arrendatario tenía en su huerto un melocotonero que producía hermosos y excelentes melocotones que hacían como dice el vulgar adagio, hacían la boca agua.

El arrendatario estaba locamente enamorado de sus melocotones; desde la ventana de su choza apenas se levantaba del lecho los miraba y remiraba, mostrándolos á su mujer y á sus hijos. ¡Qué hermosos! ¡Qué buenos son! Su amor por el sabroso fruto se transformó en adoración... pero un buen día al levantarse no vió más los melocotones. Me los han robado, gritó el ingenuo arrendatario

y corrió desolado hacia el melocotonero creyendo encontrar sobre el suelo las huellas dejadas por los pies de los ladrones.

Se engañaba, los frutos, los melocotones habían caído marchitos al suelo...

—¿Qué que tiene que ver con la anarquía la historia de los melocotones?

—Pues tiene que ver mucho.

La Anarquía, es, sin duda, el ideal más bello y más puro de una sociedad de libres (pero que hacemos para transformar el ideal en realidad: Criticamos todo y todos; esto es bello, necesario, pero no basta.

También los melocotones del arrendatario eran buenos y hermosos, pero apenas maduros era necesario cogerlos y comerlos.

—Pero la Anarquía no ha nacido todavía y por consiguiente no puede marchitarse.

Está bien, pero se marchita la humanidad. La opresión de día en día pesa con más rabia sobre nuestras espaldas.

No podemos continuar fantaseando en nuestra Torre de Marfil, mientras el opresor nos lacera junto con nuestros hermanos, gritando con palabras quejumbrosas, que la Anarquía es la libertad para todos, la posible felicidad.

—¿Y qué debemos hacer entonces?

—¿No lo sabéis? Ha de hacerse más, mucho más de lo que se hace.

Las iglesias rebosan de fieles, de pobres ilusos que creen en los curas y buscan olvidar sus dolores recitando preeces. Las sociedades, bajo la tutela de los patronos, agrupan millares de obreros que en aquellos antros de impostura aprenden á respetar y venerar á sus desangradores. Apenas una banda militar pasa por una calle tocando una marcha, las mujeres corren á las puertas, los niños siguen gozosos á los soldados armados, y los hombres se sienten hervir la sangre en las venas.

Cuando llega un gobernante las calles se iluminan de lámparas multicolores, y la multitud proletaria corre á batir las manos.

Millares de víctimas van á rendir honores á sus verdugos á asegurarse su sumisión.

¿Que se celebra una carrera de automóviles ó de caballos? Pues bien, el populacho corre en montón á aplaudir al vencedor y á llevarlo en triunfo.

Y de todo esto y de otras cosas todavía peores, tienen sí, su parte de culpa los anarquistas.

—¿Qué culpa tenemos nosotros?

—Grande, grandísima es la culpa que tenemos. Nosotros—CON UN DESDÉN MORTAL—NOS ALEJAMOS DEL PUEBLO EN LUGAR DE ACERCARNOS Á ÉL.

—¿Según eso será necesario entrar en las organizaciones; será necesario frecuentar las iglesias. O que pastel es este?... Los anarquistas no se militarizan, no sufren disciplinas, no son fanáticos.

—Bajad de la torre y menos despropósitos. ¿Quién quiere militarizarse y pasar la vida balbuceando padrenuestros? Compañeros, giráis en torno á la cuestión sin entrar en ella.

¿El pueblo es consciente de sus propios intereses, sabe acaso distinguir aquello que le es útil de aquello que le es perjudicial? ¿Sabe que nosotros, trabajando por nuestro bien, también trabajamos por el suyo, pero que para hacerlo es necesario su concurso á nuestra obra?

—No, actualmente el pueblo no puede comprenderlo.

—Entonces es pueril esperar que venga á llamar á nuestra Torre de Marfil, y haga después que descendamos hasta él.

Otra cosa que militarización y padrenuestros, anarquistas, es lo que se precisa.

Si realmente queremos hacer algo en pro de nuestro ideal, es necesario dejar de litigar sobre cuanto se hará ó podrá hacerse después de la revolución social, para preparar el pueblo para hacer la revolución.

El anarquista debe ir donde quiera que haya obreros, ya salgan éstos de una función religiosa ó vuelvan de aplaudir á un tirano.

Al principio seremos rechazados, amenazados, acaso perseguidos, pero este es el único camino que se puede abrir nuestra propaganda.

Con el pueblo no podremos discutir sobre Nietzsche ó Stirner, y tantos otros filósofos; no tendremos esas satisfacciones bizantinas, pero confundidos con él—y ello depende de nuestra actividad, de nuestra constancia—tendremos una satisfacción mucho más grande: aquella de ver al pueblo discutir nuestra idea. Aquel día habremos vencido...

—Pero, ¿y la coherencia?

—¿Qué entendéis vosotros por coherencia? ¿La eterna disputa sobre cuestiones de táctica? ¿Sobre la superioridad del individualismo sobre el comunismo? ¿Acaso vuestra coherencia consiste en encerrar vuestro anarquismo en las células de vuestro cerebro?

Quien no obra no yerra, es cierto, pero tampoco ayuda á nada. Para nosotros se trata de obrar, de hacer posible un gran ideal.

Entremos en la lucha. Donde quiera que haya oprimidos, que se oiga allí nuestra voz. Nos equivocaremos alguna vez; también ofendremos ciertamente la coherencia, pero batidos, maltratados una y otra vez, conseguiremos hacer populares las doctrinas anarquistas y así habremos hecho posible la revolución social.

Los señores conocen la debilidad del pueblo; su fanatismo por las escenas coreográficas, por las marchas, por las luminarias. Y bien, á nosotros corresponde combatir este fanatismo arrojando la

nota disonante de nuestra crítica en medio de las públicas algarazas.

Critica severa que demuestre cuántas lágrimas y cuánta sangre cuesta á la humanidad el militarismo, cuyas músicas tocan marchas guerreras; cuántos males han hecho y hacen los sacerdotes y las religiones; cuántas tribulaciones cuestan á la gente pobre las iluminaciones y los recibimientos de los potentados.

La tarea es árdua, no puede negarse, pero este es el principio, y sin comenzar por el principio nada se hace.

Bajad de la torre de marfil, compañeros, y á la obra.

¿Vale la pena vivir?

No dirijo ciertamente esta pregunta á aquella buena, educada y reposada gente que en la vida ejerce la profesión de gozar. Esta gente tiene todas las razones para amar la vida y pensar con horror en la muerte. Los privilegiados de la suerte (así es llamada por el vulgo que trabaja y sufre) bien pueden entonar himnos á la florida primavera, á la tierra, al mar, á las montañas, al azul del cielo, pueden cantar las alegrías del amor y de las abundancias; pero aquellos que sólo conocen las fatigas de un trabajo aniquilador, esclavo, ni jamás gozan de un instante de verdadera felicidad. ¿qué himnos, qué cantos pueden entonar?

Himnos de odio y cantos de venganza.

¿Cuáles son los goces que á estos infelices les están reservados sobre la tierra?

Para ellos no hay sino desolación, renuncias, dolores, muerte. Fecundan la tierra, pero los frutos más sabrosos no son para ellos; surcan los mares transportando de uno á otro continente las más variadas y útiles riquezas que ellos no han de disfrutar; extraen de las entrañas de la tierra el carbón y en el invierno mueren de frío en sus mal cubiertas covachas; extraen el hierro, la plata, el oro; buscan y encuentran el diamante, y carecen de ropas para cubrirse, confeccionan ricos trajes y van cubiertos de harapos; fabrican automóviles y caminan á pie; producen, en fin, cuanto hay de mejor y más útil y están condenados á vivir de desechos, á vegetar en las garras de una miseria perpetua.

Su himno es un himno de imprecaciones y de lamentos, de vileza y de dolores. Ni cuando están sanos, ni cuando están enfermos, nadie piensa en ellos, nadie osa tomar con corazón su suerte. No hay filantropía, caridad, previsión, que pueda servir de lenitivo á sus males, enjugar sus lágrimas. Un pedazo de pan dado á un hambriento arrojado en el abismo de hambre no remedia nada, porque la miseria de los más es la condición indispensable de la riqueza y del fasto de los pocos que gozan. Un harapo dado á un pobre desnudo nada resuelve; millones de seres desnudos quedan todavía: toda la baja plebe está desnuda, acogojada, entre privaciones. Es así como perdura como sistema social la agonía del paria.

La ciencia no se atreve á profundizar con su mirada investigadora hasta el fondo de este inmenso campo de males y miserias porque comprende que conservando intacto el sistema social presente sería locura el dictar remedios ó el intentarlos siquiera. El médico no se atreve á establecer su diagnóstico porque sabe que el enfermo pobre no puede, por falta de medios, ponerse en condiciones para hacer posible la cura.

¿Con qué valor puede el médico decir á un hombre que sabe sólo tiene sus brazos para sustentarse á sí y á su familia: «Debéis abandonar el trabajo, comer bien, beber mejor é ir á vivir al campo para que el aire puro rehaga vuestra sangre y repare vuestros músculos?» El médico no puede hacer esto y calla, prescribiendo en tanto paliativos para alisar la catástrofe.

No hay entonces de qué admirarse si la anemia hace estragos entre los jóvenes, la tisis entre los adultos y el raquitismo entre los niños. En el pueblo no hace prole sana; los niños sin defectos son una excepción. Hoy se nace con el estigma de la muerte, en la sangre, en los pulmones, en la carne, en los huesos. Toda la especie está amenazada. La salud pronto será un privilegio—como la propiedad y el poder—de la clase poseedora.

¿Qué canto debemos entonar: ¡Oh, ineludible dama de fina piel, de blancas manos que nunca conocieron el trabajo, estás recubierta de perlas y diamantes y en la fábrica los niños y las jóvenes son víctimas tempranas de la tuberculosis para pagar tus deslumbrantes tocados, tus aguas olorosas, el desfillo y el lujo de tus palacios!

¡Oh, honrado señor, amante del orden y del vivir tranquilo, que piensas que los manjares nacen ya dispuestos para ser servidos en tus banquetes, que tienes siervos que te visten y repulean, que ponen orden en tus palacios, que te diviertes en las carreras y en los teatros, que juegas á la Bolsa especulando sobre el hambre de millones de hombres, ¿has pensado alguna vez que tu lujo está pagado con el precio de la sangre y de la vida de una infinidad de seres condenados desde el nacer á no conocer el reposo ni la alegría de vivir?

No; de eso tú no te preocupas. Pero ¡ay de ti el día que estas víctimas comprendan que no has tenido piedad de ellos, de sus mujeres ni de sus in-